

CAPÍTULO 01

LA NAVE ESPACIAL

—Es muy simple —dijo Carlitos—; lo leí en una revista: hay que robar un silo de campo, de esos que sirven para guardar cereales o qué sé yo; después debemos conseguir una computadora gigante y el motor de un tractor, o de un Rambler '65, no sé. Con todo eso, según un manual terrorista fotocopiado que conseguí de clandestino, se puede construir una nave espacial casera que podría llevarte al espacio exterior —comentó, algo excitado, y luego explicó—: es que siempre quise viajar a la luna, pero no tengo la responsabilidad suficiente para ponerme las pilas y estudiar astronáutica; ni siquiera sé a dónde se

puede estudiar eso; y tampoco creo que me dé la cabeza... Yo sólo soy un bajista de punk rock y todo lo hago así nomás... ¡Y así lo quiero hacer! Por eso me encantó eso que leí acerca de un científico loco que vivía en un pueblito de la provincia de Buenos Aires, creo que en Machangüé; parece que fue en ese mismo pueblo donde otro demente intentó envenenar a toda la ciudad tirando tóxicos letales en las napas...

—Carlitos, pará de delirar, *man*, y tocá esto: primero do y después pasamos a sol... —indicó Vei, guitarra en mano, y los acordes retumbaron en el ampli— ¿Te suena parecido a algo? ¿Estaré afanando la melodía de una canción? Todo se parece y ya todo está inventado, loco...

Y de tanto que insistió Carlitos con el tema, Los Olvidados decidieron que su primer disco, un álbum conceptual, así se llamara: *La Nave Espacial*.

*Voy a construir
Una nave espacial
Para viajar hasta tus venas
Escapar
De este mundo de mierda
Hacia galaxias remotas
Navegante perdido
Eternidad
Mundos oscuros
La muerte nos encontrará
Si estamos solos en el universo
O hay vida en otros planetas
Las dos opciones
Son igualmente aterradoras.*

—Lo último lo saqué de alguna parte; creo que de la solapa de un libro de casa de mi abuela —comentó Vei, el vocalista de Los Olvidados, al resto de la banda.

Esta era la primera letra que Vei aportaba al nuevo proyecto y no sería la última: él era *el creativo* de la banda.

—La música no debe perder su violencia sonora —decía Vei

a menudo—, simplemente debe atarse a un hilo conductor narrativo.

Vei soñaba con hacer de este disco una obra de rock urgente. Y la canción no estaba nada mal; todos recibieron la letra con buenos ojos: un buen punto de partida que detonaría más y más creación. Y para el que aportaba la idea nueva era muy importante la aprobación del resto, lo que tenía que observarse en automático en las miradas de los demás, pues la expresión de los rostros emitía un fallo contundente.

El ensayo transcurrió con vitalidad, con la intensidad a la que estaban acostumbrados. Y es que lograr la *opera prima* requiere muchísimo trabajo, trabajo creativo, pero Los Olvidados estaban dispuestos a asumirlo: se conocían bien.

Era finales de mayo de 1986 y el invierno, según lo anticipaba el servicio meteorológico, sería largo y crudo en Mar del Plata; había que soportarlo de alguna manera “y qué mejor que encerrándonos a componer y grabar; y tal vez saliendo de gira por el país”, pensaba Vei, chico calmo y algo oscuro, con una energía superior electrizante que le nacía de lo más profundo, lo que se notaba con apenas mirar sus ojos.

Quizá aquello lo había heredado de su madre, Leti, una *vedette* de tercera que trabajaba de relleno en los elencos que llegaban cada verano a la ciudad para presentar vistosos espectáculos de revista. Bailarina medio pelo, pero bailarina al fin, Leti era una señora cercana a los 40 años y, aunque algo gastado por el alcohol y las pastillas, su cuerpo se mantenía firme y seguía pegando laburo en los elencos veraniegos: un mes antes del verano, cuando comenzaba a armarse el elenco de los espectáculos, comenzaba a buscar oportunidades; tenía un agente en Buenos Aires que la llamaba por teléfono para avisarle sobre alguna audición y, aunque el porcentaje que le cobraba era alto, por lo regular era algo seguro. Leti trabajaba de noviembre a febrero y la mitad de marzo; pero cuando terminaba el verano y se apagaban las luces del teatro de revista, la *madre vedette* quedaba sin empleo.

Algunos dicen que, antes de que naciera Vei, su hijo único, de muy jovencita, Leti fue prostituta de los bares para adultos que están frente al cementerio, aunque la verdad es que, a lo sumo, ocasionalmente fue dama de compañía. Lo que es un hecho es que, por un tiempo, bailó semidesnuda en el *Ojos Negros*, el cabaret de la Avenida Colón que quedaba casi llegando al mar, pero sólo bailaba; es cierto que a veces aceptó propinas y algunos tragos, y aunque la propuesta de vender su cuerpo era económicamente tentadora, había decidido no ir más lejos.

—Eso no es lo mío —decía—. Bailar desnuda no me molesta; y mejor si pagan; pero nada más.

Una imagen cotidiana para Vei, el niño, era descubrir por la mañana los vestidos de lentejuelas tirados junto al sofá de cuerina, a un costado de la mesa principal del estrecho departamento donde vivía con su madre. A veces, como si cada lentejuela tuviese luz propia, los vestidos brillaban en la madrugada; Vei se levantaba siempre antes que Leti y lo primero que hacía era alzar el uniforme de mamá, con algo de asco, para guardarlo en el armario.

Leti había sido una joven hermosa, exuberante, con esa clase de figura que, vestida o no, irradiaba erotismo apenas se le miraba. Pese a su voluptuosidad, con un asombroso parecido a Isabel Sarli, nunca llegó a ser *vedette* principal; aunque jamás aspiró a ello. Leti veía aquello como un trabajo generoso y poco sacrificado: bailaba, que era lo que más le gustaba, ¿qué más podía pedir?

La chica conoció a Héctor, el padre de Vei, en el *Ojos Negros* y se diría que fue un flechazo instantáneo. Aquella noche de luna de otoño llegó Héctor con sus amigos al cabaret; tomaron algo de más y, cuando fue el turno de Leti en la pista, Héctor quedó fascinado con su belleza explosiva: ella bailó destilando sexo y el chico, de ese tipo de muchachos que siempre terminan proponiéndole matrimonio a alguna de las putas, la observó impávido, lo que le valió comerse la gastada de los amigos:

—¡Otra vez se va a enamorar este boludo!

—¡Ja ja ja!

—¡Andá! ¡Sacála del laburo!

Pero Héctor no pronunció palabra: sus ojos estaban clavados en aquella chica hermosa de piel blanca, tetas enormes y cabellos negros.

Leti comenzó su número al son de una música hindú pero, inmediatamente después, magistralmente mezclada, venía 'Breathe', de Pink Floyd y entonces le faltó el aliento a Héctor, que comenzó a levitar en éxtasis.

La invitó a su mesa y, aunque no era un chico propiamente atractivo, tampoco era feo; quizá por eso Leti aceptó su charla. El bullicio que había en el *Ojos Negros* no impidió que ambos se aislaran del mundo que los circundaba: se trenzaron en una charla encendida y encontraron un montón de cosas en común, sobre todo la falta de cariño.

Héctor se enamoró y, pese a las burlas de sus amigos, esta vez era de verdad. Por su parte, Leti encontró que aquel muchacho le despertaba una ternura fuera de lo común, pues exhalaba cierta desprotección, una especie de ingenuidad que definitivamente le atraía muchísimo. Y así, mientras las putas bailaban boleros con los clientes, el tiempo voló en el *Ojos Negros*.

—Me tengo que ir —dijo Leti, casi a las 03:00 de la madrugada—. Mirá que yo únicamente bailo, ¿eh? Gracias por la propina...

—No te ofendas, pero, ¿te tengo que dar más dinero para que te quedes? Pedíme lo que sea, pero quedáte un rato más...

Y en realidad Leti no tuvo que pensarlo demasiado:

—Bueno, un ratito nomás, algo me tomo...

Héctor se secó la frente y ordenó dos vodkas con jugo de naranja.

—Mirá que yo no soy de las chicas que salen, ¿entendés? Si quieres te puedo presentar a...

—Está bien... —respondió Héctor, abstraído, pero luego de un segundo reparó en su respuesta:— ¡Digo, no! ¡No quiero que me presentes a nadie! Sólo dejáme tomar algo contigo y mirarte un rato más...

Y sin saber cómo llegaron las caricias, los besos.

Las colegas de Leti, esas que solían irse con los clientes, la miraron algo indignadas.

—¿No decía ésta que no salía con nadie? —dijo la Giselle.

—¡Hipócrita! —secundó la Selva.

A Leti no le importaron las habladerías y, después de aquella noche, entonces sí vino el amor: mantuvieron una relación intensa y se unieron más allá del sexo. Héctor logró que Leti cambiara el cabaret por los elencos de las revistas de verano y la chica no tardó mucho en quedar embarazada.

Le pusieron Rodolfo al niño y, cuando el pequeño cumplió dos años, la relación entre sus padres comenzó a deteriorarse; y no fue desamor, ni engaños y mucho menos desencuentros, sino una profunda tristeza que se apoderó de Héctor a tal grado que lo derrumbó.

El muchacho terminó internado en el Hospital para Enfermos Mentales de Mar del Plata, pues afirmaba que, en tanto se lo había propuesto así, era la persona más triste del mundo y que llegaría a un nivel de melancolía inimaginable para cualquier ser humano.

—¿Por qué decís eso? —le preguntaban los doctores pero Héctor, sin responder, se sumía en un mutismo del que no salía en horas.

Aunque nunca fue violento, una mañana, cuando trasladaban a los internos para fumigar el recinto, Héctor, sin que nadie lo esperara, se zafó de la guardia, buscó la primera ventana y se tiró desde un quinto piso.

Héctor murió instantáneamente.

Ese día había escrito con tiza en la pared de su celda:

Ojos Negros
Oscuridad

CAPÍTULO 02

ENSAYOS

Para septiembre de 1986 los ensayos de Los Olvidados sonaban potentes. Carlitos, desde el bajo, intentaba sumar ideas a las propuestas innovadoras que hacía Vei desde la guitarra, pero se quedaba atrás, mientras Teo, en la *bata*, apenas si lograba seguirlo: el vocalista siempre iba mucho más rápido con sus cuelgues.

—Hoy dejaremos bien claro qué clase de banda es esta — advirtió Vei con suma tranquilidad, aunque muy seguro de sí mismo—. Comenzaremos trabajando duro en la idea de *la nave* porque, como en los sueños, todo es un símbolo: aunque ha-

blan de una cosa, en realidad otro es su significado y hay que descubrirlo...

Los Olvidados eran un trío, aunque a Vei siempre le gustó referirse a su banda como un *cuarteto*, pues Marcial, el mánager, era considerado por todos como “el cuarto olvidado”. Y ahora todos en la sala escuchaban atentamente su discurso.

—No se trata de que mi *yo*, anclado a esta debilidad terrenal, cante o escriba letras o toque la guitarra —dijo Vei—; se trata de poder liberar mi espíritu para que sea él quien se exprese. Recuerden que, en cada uno de nosotros, hay un ser profundo que la mayoría del tiempo queda oculto porque nos aferramos enfermizamente al ritmo que nos impone el mundo... ¡A tratar de liberarlo entonces! ¡Liberemos a ese ser oscuro y brillante que todos poseemos y demos comienzo al *ensayo espacial*!

Ese día por la tarde, mientras fumaban en la vereda durante un descanso, Carlitos platicaba con Teo:

—¿De dónde sacará Vei todas esas cosas que dice? ¿Las inventará? ¿Las leerá en algún lado?

—Un poco de las dos cosas, y más —respondió Teo—: hay delirio, genialidad, chamuyo y revelaciones en sus palabras... Sólo duró un segundo, pero, ¿no te diste cuenta de que, al lado del loco, mientras cantaba ‘Oscuridad’, había una silueta humana cubierta por un manto? Pensé que era un efecto de la luz tenue de la sala, pero no: la silueta estaba allí, en el ensayo. ¿Vos no la viste, Carlitos? A veces Vei me inspira temor y no porque sea peligroso, si no por lo que le pueda llegar a pasar...

La Nave Espacial: pocos son los grupos de rock que pueden mantener una historia conceptual a lo largo de todo un álbum, pero Vei y sus muchachos lo logran. En noviembre de 1986 se graba el álbum y, gracias a su buen recibimiento en la radio, se programa para febrero una gira por ciudades de la Costa Atlántica para presentarlo en vivo. Si todo salía bien, como esperaba Marcial, visitarían el país entero.